

hay autonomía clara, ni reglas visibles, ni una metodología que uno pueda seguir. Solo urgencia. Y la verdad es que, en política, la urgencia casi siempre levanta sospechas.

Además, el problema no es revisar cuentas eso siempre hace falta, sino quién las revisa y para qué. Cuando el que gobierna también fiscaliza sin contrapeso, la línea se vuelve borrosa. Más aún con el pasado de Gabriel Boric en disputa y el presente de José Antonio Kast buscando afirmarse.

Sin tiempo no hay profundidad. Sin independencia no hay credibilidad. Y sin eso, lo que queda no es una auditoría: es una versión.

Porque al final no se juegan solo números. Se juega la confianza. Y esa, simplemente, no se audita en 17 días.

Ricardo Rodríguez Rivas

Auditar la urgencia, no la verdad

Señor Director:

Diecisiete días. Ni para ordenar una casa alcanza, menos para revisar las cuentas de un Estado entero. Y, sin embargo, ese es el plazo. Como si bastara con abrir cajones a la rápida y sacar conclusiones. No es una auditoría: se parece más a una escena. Una donde la prisa manda y la precisión queda atrás.

La tesis es simple, aunque incómoda: este comité no nace para auditar, sino para ordenar un relato. Porque auditar en serio toma tiempo, método y distancia. Y aquí falta todo eso. No